

Pilar Sordo

Educar

para sentir

sentir para educar

Una mirada para entender la educación
desde lo familiar hasta lo social



Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2017, Pilar Sordo

c/o Schavelzon Graham, Agencia literaria

www.schavelzongraham.com

Diagramación y corrección de estilo: Antonio Leiva

Diseño de portada: Departamento de Arte de Editorial Planeta

Derechos exclusivos de edición

© 2017, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso, Providencia, Santiago de Chile

Inscripción N° 283.006

1ª edición: octubre de 2017

ISBN Edición Impresa: 978-956-360-389-7

ISBN Edición Digital: 978-956-360-402-3

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

*A los niños y jóvenes de
América Latina, por nuestra
dificultad para entender la
educación como un dere-
cho que los debe preparar
no solo como buenos técni-
cos o buenos profesionales,
sino transformar en buenas
personas que trabajen por
conseguir sus sueños y ayu-
dar a crecer a sus países*

ÍNDICE

Introducción

El fin de las habilidades blandas

Educar para sentir las emociones

La familia como agente educador de las emociones

El rol de la escuela

Educación superior

Mundo laboral

Aspectos sociales que influyen en la educación emocional

Agradecimientos

INTRODUCCIÓN

Qué emoción estar de nuevo aquí, compartiendo otra de mis caminatas por América Latina, esta vez intentando resolver una contradicción que me preocupa mucho. Desde que comencé este camino –con *Viva la diferencia* en el año 2005– he transitado escuchando a miles de personas y cada vez parece quedar más claro que la humanidad cambia todos los días en todas las dimensiones. Ha cambiado la concepción de la pareja, de la familia y de los roles. Hemos aprendido que sexo y género no son lo mismo, lo que se ha incorporado con naturalidad en la educación de nuestros hijos.

Asimismo, la educación también ha cambiado. La tecnología, por ejemplo, modificó, entre otras cosas, las formas de comunicación y de educación. Si bien hoy somos más cercanos y expresivos con nuestros hijos, tenemos serios problemas a la hora de poner límites y en la capacidad de entender que antes de ser sus amigos, somos formadores. La autoridad debe ser una expresión del amor que le tenemos a nuestros hijos que les ayude a configurar su propia libertad.

La educación pública y privada también cambiaron y están requiriendo cambios profundos de acuerdo a los tiempos, pues lo que hoy sucede es que se estudian contenidos del siglo XX para niños del siglo XXI.

Cambiaron también los paradigmas que rigen lo que entendemos por salud y los avances médicos nos han regala-

do treinta años más de vida, regalo que recibimos sin estar preparados para él y con el que no sabemos qué hacer. Por otro lado, la salud hoy la entendemos como algo integrado; al parecer, en algunos sectores se despertó la conciencia de que somos una unidad entre cuerpo, alma, mente y emoción, y es desde ahí que nos debemos conectar con los demás.

La conciencia de vivir en un planeta dañado nos ha hecho estar un poco más alertas a la hora de cuidarlo y estar pendientes de los cambios climáticos y de lo que debemos hacer para no contaminar y cuidar los recursos naturales que se han ido acabando por la ambición del ser humano de tener más y vivir lo más cómodo posible sin querer pagar ningún costo por ello.

Aumentó la conciencia de los derechos que tienen nuestros pueblos y, aunque todavía estamos en deuda con los deberes, la conciencia social nos ha hecho ser más pensantes y, en algún punto, más libres.

El mundo laboral también se modificó: ya es cada vez más importante que los empresarios entiendan que sus organizaciones son las personas. Si se tiene real preocupación por ellas y no se les ve solo como un medio para aumentar la productividad, todo funciona mejor. Se ha despertado un genuino interés por el otro, lo que se empieza a imponer por sobre el estricto rendimiento productivo económico.

La desigualdad importa tanto hoy como la pobreza y existen fuerzas que ya prueban que el crecimiento económico, por sí solo, no garantiza el desarrollo de una nación.

Todos estos cambios han generado una necesidad cada vez mayor de desarrollar en las personas habilidades que pasen por el mundo emocional más que por el racional, habilidades que todos debiéramos hacer florecer en el marco de la educación formal.

Existe un cierto consenso en que la humanidad transita

hacia validar la existencia de seres humanos sensibles, sin prejuicios, solidarios, que busquen la equidad de muchos y no el bienestar de unos pocos, y donde las habilidades para expresar lo que se siente, solucionar conflictos, disfrutar de lo simple y desarrollar la bondad por sobre otros valores –como la astucia, por ejemplo–, entran a ser importantes no solo en la familia, sino también en las escuelas, universidades, institutos y cursos de posgrado.

La contradicción que he ido encontrando en mis caminatas es que si bien se necesita este tipo de ser humano noble, sensible y solidario, con muchas de las mal llamadas «habilidades blandas», estas no se educan en ninguna parte y las instancias donde se revisan son, la gran mayoría de las veces, desde el punto de vista cognitivo y no desde lo experiencial o emotivo, que es la única forma de que los cambios sean permanentes en el tiempo.

En este libro quiero, por primera vez, trazar una línea desde la familia hasta el mundo laboral, donde los invito a revisar por qué se produce esta contradicción y cómo se la podría solucionar desde las bases de la sociedad.

Quiero erradicar el concepto «habilidades blandas» y cambiarlo por otro que reconozca el valor que realmente tienen. No puede ser que a uno en la vida lo contraten por sus habilidades técnicas y cognitivas primordialmente y que luego lo despidan por no contar con aquellas «blandas» que nadie le ha enseñado. En los procesos de selección se revisan los currículums vitae solo analizando los aspectos del ser humano que fueron adquiridos en la educación formal dentro de los establecimientos educacionales y no precisamente en la vida, que es donde se aprende lo más importante. Como estas habilidades aprendidas en la vida no se han trabajado, en el ejercicio del trabajo se empiezan a notar los déficit en la dificultad para formar equipos, para empatizar con otros, para expresar emociones y para solucionar conflictos de manera conjunta.

En todos los países de América Latina se están revisando

las pautas educativas y están en curso reformas que de alguna manera intentan ir de acuerdo a los tiempos y las necesidades. Igual parece haber «manos oscuras» a las que no les interesa que surja demasiada gente pensante y conectada con las emociones. Esto hay que desenredarlo para poder formar seres humanos conscientes de sí mismos, del otro y del medio en el que viven.

Por estos vamos a intentar ver qué pasa con las emociones en nuestros países, de qué forma estas se bloquean desde que somos pequeños, impidiéndonos sentir plenamente. Revisaremos también qué pasa con la educación formal que no parece incluir las emociones en las distintas etapas de formación; de qué manera, por ejemplo, los padres se «acomodaron» a las exigencias de los colegios y se ven en una tremenda dificultad para trabajar en equipo con las escuelas.

Seguimos sin devolverle la autoridad a los maestros que nosotros mismos les quitamos colocándonos en trincheras donde familia y escuela parecen enemigos y donde los únicos que se dañan son nuestros propios niños.

Contradicciones como las que hay entre el consumo – fuente de toda felicidad para muchos– y el hecho de necesitar cada vez menos son algunas de las que también intentaremos resolver, seguramente con más preguntas que respuestas.

Estoy en un momento de mi vida en el que mis caminatas se producen con dolor en muchos frentes, lo que espero me ayude a estar más sensible de cara a todo lo encontrado y a la forma en la que se los quiero comunicar. Siempre con aquella simpleza que muchas veces se me critica, pero que es la que me permite, junto con el humor, llegar a sus corazones, que son el centro de todo mi trabajo y mi pasión. Espero nuevamente poder lograrlo.

Les podrán pasar dos cosas a lo largo del libro: por un lado, sentirán que hay contenidos «repetidos» de otros li-

bros, pero que incluí porque son actualizaciones de esas reflexiones pasadas que servirán de sustento para las propias de este estudio; por otro, podrán sentir angustia, desesperanza y rabia en muchos capítulos. Estas emociones también han pasado por mí en el transcurso de esta historia, sin embargo he intentado llevar esas emociones negativas de impotencia y deuda con nuestros niños a la esperanza de cambio hacia una educación mejor para nuestros países. Cuando me refiero a una educación mejor, estoy hablando de una que vaya más allá de lo cognitivo y que incluya variables emocionales, históricas y sociales.

Después de cada capítulo intentaré hacer una síntesis de los puntos que me parecen más importantes para poder expresar las ideas matrices que me importa desenredar y exponer en sus generosos corazones.

Esta es la invitación de esta aventura: sentir para poder educar y educar para poder sentir. Si bien puede sonar a una frase de canción romántica, tiene una profundidad que pretendo demostrar en estas páginas, en las que quiero que me acompañen para reflexionar, reconocerse y compartir experiencias.

EL FIN DE LAS HABILIDADES BLANDAS

Cuando analizamos lo que hoy se requiere para el mundo laboral, evidentemente lo primero que aparece es la formación cognitiva y técnica que debemos tener para trabajar. Así se entiende que en toda América Latina estén en curso reformas educacionales que intentan dar con una educación más inclusiva y de calidad, aunque no esté siempre demasiado claro qué se entiende por ello. A ratos queda la sensación de que esa «calidad» apunta a reforzar solo conocimientos y aspectos informativos en distintas áreas y no las dimensiones formativas que nos hacen a todos mejores ciudadanos y mejores personas.

Teniendo claro que toda la gente que está trabajando en este tema debe tener incorporados aspectos que vayan más allá de lo formal, empiezan a aparecer como importantes otras variables que tienen que ver con las mal llamadas «habilidades blandas», expresión que sin duda viene de una forma de ver el ser humano muy rígida y conservadora. Ello es equivalente a cuando en psicología se pensaba que la inteligencia era un coeficiente que daba la respuesta a todas las preguntas del ser humano.

Evidentemente, las «habilidades blandas» quedan en un lugar de menor peso e importancia que las habilidades técnicas o «duras» y, como las palabras generan realidades, al solo mencionar esas dos palabras, nuestro inconsciente se programa para definir las como algo sin consistencia, sin forma y, por lo tanto, poco relevante.

En general, se entiende por «habilidades blandas» aquellas que tienen que ver con recursos emocionales que tenemos que desarrollar. Se conectan con la expresión de nuestras emociones y sentimientos, con cómo los expresamos y en qué momento, lo que de alguna manera se puede traducir como asertividad. Además, incluyen la capacidad de ponerse en el lugar del otro –la llamada empatía– y, sin duda, la capacidad de manejar y aprender de los conflictos y frustraciones.

En los ambientes laborales se entienden como los recursos para tener la habilidad de formar equipos de trabajo más que grupos, ya que para los primeros se requiere ante todo la confianza, la complicidad, la capacidad para manejar la confidencialidad, los egos y las vanidades, y además mirar hacia un objetivo común aun cuando se piense diferente.

Para todo esto se requiere de generosidad, bondad y la intención consciente de querer dar siempre lo mejor de cada uno en beneficio de todos. Por lo que se ve, es algo difícil de lograr, especialmente en países como los nuestros donde se desconfía de todo y de todos y donde la mayoría de las veces el éxito de otros nos enrabia y es «digno» de alguna sospecha. Si a alguien le va bien, algo raro hay. Los juicios y prejuicios siempre terminan gobernando nuestros discursos con verdades a medias que nunca terminamos de confirmar, porque parece que es estresante preguntar y más fácil juzgar.

Bajo esta mirada, desarrollar «habilidades blandas» – que, expresadas así, como vimos recientemente, las relega a un segundo plano de nuestro inconsciente– se convierte en una tarea difícil, ya que tenemos todo en contra para visualizarlas y, por lo tanto, educarlas en lo privado y en lo público. De esta manera, se hace necesario cambiar la expresión; de aquí en adelante las llamaremos «competencias personales» en contraposición a las «competencias técnicas o cognitivas» que cualquiera puede adquirir. Así las llama

Lili Orel, una chilena experta en educación y una mujer a la que admiro mucho.

Estas competencias personales habría que desarrollarlas desde la infancia y a lo largo de toda la vida, pero, como expliqué en la introducción, si bien existe consenso en que necesitamos impulsar en el ámbito de lo privado y de lo público la presencia de seres humanos con muchas de estas habilidades, en la educación de hoy pasaron a segundo plano.

A lo largo de esta investigación escuché a mucha gente, expertos y personas comunes y corrientes, y quiero reparar en aquello que me hizo sentido. Desde la perspectiva psicoanalítica, Gabriel Rolón, gran terapeuta psicoanalista argentino, escritor y libretista, en la educación se niega la formación de la bondad porque se asume que el ser humano nace bueno y que, por lo tanto, sus pulsiones y acciones siempre debieran tender hacia el bien, lo que haría innecesario educarlas conscientemente. Parece negarse, de acuerdo a su visión, que los seres humanos nacemos con una pulsión hacia la vida y el amor, así como con otra no menor hacia la muerte y la destrucción. Parece, por lo tanto, muy necesario –al aceptar aquella condición– tener que educar al ser humano que queremos lograr y no suponer su bondad como un aspecto natural que no necesita estimulación.

Cuando, por ejemplo, revisamos los celos de un niño o niña pequeña frente a su hermano o hermana recién nacida, parece claro que esos padres deben enseñarle a ese niño a amar a este ser que acaba de llegar, y hacerlo entender que al bebé le duele cuando lo pasa a llevar o lo golpea. De estos ejemplos hay muchos, pero todos terminan por confirmar que la educación de estas competencias personales hay que estimularlas desde el primer día de vida y no dejarlas pasar en ninguna instancia educativa.

Otra explicación de la poca conciencia que tenemos de la importancia del desarrollo de las competencias persona-

les es que hoy, cuando todo se mide, paradójicamente es muy difícil evaluar y medir estas competencias, porque muchos de los conceptos que las envuelven son relativos y aprendidos desde la experiencia. Lo que hoy entendemos por ciertas cosas no es lo mismo que lo que entendíamos hace años, sobre todo en lo que a relaciones afectivas y emocionales se refiere. Es como aquel cuento budista donde el alumno le pregunta a su maestro cómo sabe si está avanzando o no en la vida; el maestro le dice que dentro de él tiene dos lobos, uno bueno, generoso, empático y solidario, y otro competitivo y egoísta. El alumno reconoce tener ambos aspectos dentro de sí mismo y le pregunta cómo sabrá cuál ganará la pelea al final del día, ante lo que el maestro simplemente le contesta: «al que alimentes más».

Este parece ser el gran tema: a cuál «lobo» estamos alimentando más para construir la sociedad en la que queremos vivir; sin duda, la gran mayoría tenemos la certeza de que este camino va por el lado de las competencias personales, sin desconocer que las habilidades técnicas son importantes y que debieran estar al alcance de todos.

Otra postura, que va por lo filosófico, es la convicción de que los seres humanos no nacen ni buenos ni malos, simplemente nacen y va a depender de la estimulación de uno u otro lado el ser humano que de ahí podrá formarse. Personalmente pienso que nacemos más buenos que malos y que esta bondad o predisposición al amor y al otro se pierde cuando intentamos «domesticar» desde lo externo a los niños y niñas, haciéndolos desconectarse de su mundo interior desde muy pequeños. Les empezamos a enseñar que no se escuchen y que oigan los ruidos del mundo que son los que generan placer y, por supuesto, toda la confusión que vivimos. El colegio o la escuela parece no haber encontrado el camino ni el sistema para potenciar ese mundo interno, ya que rápidamente todo se vuelve medido, diagnosticado desde fuera y lo interno pierde poder y credibilidad, que es lo peor.

En lo que coincidían todas las personas entrevistadas es en que estas habilidades que a veces se pueden confundir con valores –y que se las apropiaron ciertos sectores–, hay que educarlas y no se van a formar en las personas por generación espontánea.

Parece contradictorio, pero cientos de personas que participaron en este camino decían haber sido contratadas en determinado empleo por sus habilidades técnicas y despedidas por no tener estas competencias personales que se dan por sentadas pero que claramente no lo están.

Hoy, con la invasión del dios del siglo XXI –que al igual que la santísima trinidad tiene tres caras: celulares, computadores y televisores–, cada vez se hace más difícil desarrollar con holgura estas competencias. De hecho, este dios se está reduciendo a uno solo: el teléfono, que tiene una gran desventaja con respecto a los otros dos, y es que no se puede compartir, es intrínsecamente individual y fomentador del egoísmo. La dificultad que tenemos para mirarnos a los ojos, para expresar frente al otro lo que sentimos o necesitamos es tan grande que es importante que aprendamos a enseñar y compartir estas habilidades, primero al interior de la casa y después en la escuela, aunque nos resulte cada vez más difícil.

El desarrollo tecnológico nos lleva a una nueva forma de comunicarnos y transmitirnos verdades que, si bien tiene un alcance enorme, es un espacio propicio para guardar nuestras emociones y no dar la cara, incluso para las emociones más primarias. Sin duda, esto es mucho peor en algunos países hispanos en donde a la gente le cuesta mucho más hablar y comunicar lo que siente, como por ejemplo Chile, Perú, Bolivia y Paraguay.

El escenario no parece muy propicio a la hora de formar estas competencias personales, por lo que con más razón aún, la educación debe apuntar a desarrollarlas, no solo porque el tipo de ser humano que nuestra evolución nos está pidiendo es un ser que vibre energéticamente muy al-

to para estar en la mejor versión de sí mismo, sino que porque los requerimientos laborales y productivos necesitan este ser desarrollado debido a los cambios que se han ido dando en el mundo de lo productivo, los que analizaré con ustedes en este libro.

Es muy loco visualizar una entrevista de trabajo donde una de las preguntas más importantes que se le harán al postulante tiene que ver con cuáles son sus fortalezas y debilidades respecto al cargo al que postula y para la vida. La persona evaluada seguramente es primera vez que se enfrenta a esta pregunta que debiera ser cotidiana.

Vivimos en un mundo que mira hacia afuera y que tiene la tendencia a no estimular demasiado las reflexiones internas, por lo que la ausencia de preguntas cotidianas parece ser la constante. Pero yo soy positiva y creo que hoy hay fuerzas emergentes que nos están llevando a pensar en temas que nos obligan a mirarnos y, por lo tanto, a preguntarnos más sobre nuestras acciones y vocaciones, que son las que generan otros estados de conciencia que ayudarán en un futuro cercano a que surjan seres humanos más libres y plenos, que no viven tan pegados a un sistema al que no le conviene tener mucha gente pensante y reflexiva.

Por eso es que analizar qué pasa con nuestras emociones parece clave para comenzar nuestro camino. Los invito a empezar a visualizar cómo educar en las emociones de acuerdo a los países en los que vivimos. Las estructuras son castradoras de las emociones y, por eso, todo aprendizaje de competencias personales se convierte en un maravilloso desafío.

En síntesis, quiero rescatar con claridad lo siguiente:

- Se sustituye la expresión «habilidades blandas» por «competencias personales». Con esto se pretende colocar en un mismo nivel de conciencia e importancia las habilidades cognitivas y las habilidades emocionales.
- Se postula, después de escuchar muchas versiones,